

PRESENTACIÓN

Inmaculada Rodríguez. *Universitat Jaume I*

Ivana Frasquet. *Universitat Jaume I*

Cercana ya la fecha en que parece van a comenzar las múltiples conmemoraciones de los bicentenarios de las independencias iberoamericanas la pregunta parece obligatoria, ¿qué vamos a celebrar?, y sobre todo, ¿cuándo lo vamos a celebrar? Las distintas repúblicas americanas que surgieron tras la desmembración de las monarquías ibéricas —española y portuguesa— carecen de una fecha común que pueda unificar el momento histórico de su independencia. Es más, la mayoría de ellas celebran diversos acontecimientos sucedidos aproximadamente entre 1808 y 1830 —exceptuando la zona antillana, se entiende— en los que se conmemora algún momento fundacional del nacimiento de la república. Para ello ayudó mucho la construcción de la Historia Oficial empeñada en buscar un pasado “auténticamente nacional” anterior a la presencia española en los territorios americanos, puesto que la idea de independencia se basaba en la liberación del sometimiento extranjero. Así, la Historia de los héroes de bronce, ensalzados hasta el paroxismo como verdaderos “padres de la patria” en los que residía el espíritu independiente y de salvación de la nación pasó a escribirse y enseñarse en las aulas. Los distintos gobiernos sucesivos a la conformación de las repúblicas levantaron estatuas a sus héroes, construyeron monolitos, establecieron un calendario festivo e inventaron su nación cuyo nacimiento quedó ya vinculado de forma heroica a la rebelión del “pueblo” contra la “tiranía y el yugo extranjero”. De este modo, la visión de la independencia se construyó desde una historiografía tradicional de corte nacionalista que, carente de academicismo, elaboraba una Historia Patria que dotase al Estado de una simbología nacional *ad hoc*. Esta situación se mantuvo hasta que la Historia, como disciplina, comenzó a introducirse en las universidades americanas y a crear un tejido de profesionales de la materia que haciendo uso de la metodología adecuada, iniciaron la renovación de las temáticas. Fue a partir de los años sesenta del siglo XX cuando se produjo la proliferación de licenciaturas en ciencias humanas y sociales, no sólo en América, sino también en Europa. El caso que nos ocupa en este dossier, el mexicano, no fue una excepción. Al socaire de las renovaciones conceptuales que se estaban produciendo en la ciencia histórica en lugares como Francia con la Escuela de Annales, en Inglaterra con la aparición de la Historia Social y también en Estados Unidos, en México apareció una generación de historiadores que con una nueva metodología más crítica se acercaron a las fuentes y comenzaron a superar la versión oficial de la independencia. Sin embargo, el tema

fue abandonado por un acontecimiento histórico que jalonó el siglo XX mexicano: la Revolución mexicana de 1910. El impacto de la misma fue tal que, inevitablemente, ensombreció los acontecimientos conmemorativos del centenario de la independencia en ese momento y abonó un campo de cultivo para los profesionales de las diversas ciencias sociales y humanas que hasta la fecha se han dedicado con ahínco a trabajar el tema.

Sin embargo, el estudio de la independencia está lejos de quedar cerrado, más si cabe ahora que la proximidad de la celebración aumenta considerablemente el número de trabajos –específicos o no– dedicados al mismo. Asistimos, como cada vez que se acerca un acontecimiento de este tipo, al resurgimiento del interés por estudiar el proceso histórico mediante el cual México se independizó y comenzó a construir el Estado nacional, es cierto que no siempre desde presupuestos rigurosos y totalmente históricos. A pesar de ello, desde hace ya algún tiempo, algunos historiadores mexicanos y de otras partes, se han interesado por el estudio de este proceso desde las diferentes perspectivas –políticas, económicas, culturales, sociales, artísticas, etc.– y prueba de ello son los trabajos presentados en este dossier de cuatro especialistas en Historia e Historia del Arte del proceso de independencia mexicano.

Los textos de este dossier están concebidos como una unidad en la que se trata desde perspectivas diversas algunos aspectos de la formación de la nación en México y su desarrollo hasta la actualidad. El limitado espacio del que han dispuesto las autoras no ha permitido una visión más amplia, sin embargo, ello no es óbice para que el resultado sea, a nuestro entender, más que consistente y necesario en estos momentos.

La invención de la nación desde el ideario conservador está claramente descrita en el artículo de Mirian Galante, quien detalla las características principales de este pensamiento. Tras la consumación de la independencia, y sobre todo, después de la primera experiencia federal, los conservadores iniciaron un replanteamiento de la cuestión nacional desde presupuestos basados en la concepción de la soberanía que enfrentaba los planteamientos federalistas y centralistas. Con claridad expositiva Galante nos muestra cómo el pensamiento conservador inicia a partir de 1830 la construcción de un ideario de nación adecuado a su propia idea de orden y buen gobierno y para ello debe separarse de la identificación con el federalismo. Los conservadores, liderados por Lucas Alamán, asumen los presupuestos del liberalismo revolucionario de la etapa anterior respecto a las conquistas políticas y los adaptan a su propio pensamiento. De este modo, como indica la autora, niegan la idea de la existencia de las soberanías territoriales por carecer de legitimidad, exaltan la representación nacional frente a la estatal y reivindican el poder legislativo como expresión de esa soberanía pero siempre bajo el manto de un ejecutivo que garantice la autoridad y el orden. Pero además, el ideario conservador instrumentaliza la religiosidad con el fin de identificar

religión y moral con legalidad y ciudadanía. Es decir, sólo el buen católico puede llegar a ser buen ciudadano.

Verónica Zárate realiza un repaso de la iconografía de Iturbide y de su perduración e instrumentalización hasta la actualidad. Como indica en su trabajo, si hasta ahora la historia tradicional había conmemorado 1810, inicio de la guerra civil y del llamado “Grito de Dolores”, también quedaba 1821 como el momento de consumación de la independencia.

Durante la guerra y en las décadas siguientes, fue difícil la reconstrucción de los acontecimientos y, más aún, del imaginario de la insurgencia. La guerra no permitió un abundante registro oficial de las escenas y de los rostros de los participantes en la insurgencia. Obviamente, porque iban contra el gobierno español y el arte oficial sólo plasmó a los suyos. Además, la posesión de retratos de insurgentes y, más aún, la creación de los mismos o de representaciones críticas hacia la monarquía fueron duramente perseguidas. Es bien conocido que la pequeña estatuilla que se considera el primer retrato de Hidalgo estuvo durante muchos años escondida, o también que poseer dibujos o cualquier imagen que lejanamente remitiera a los insurgentes o a una burla contra el virrey fue duramente castigado y vigilado. Por ello, apenas conocemos una docena de retratos en lienzo de los insurgentes realizados durante la lucha o en los años inmediatamente posteriores. Tan sólo el pintado por un indígena oaxaqueño a José María Morelos y Pavón pudo ser realizado en plena contienda, hacia 1812, cuando fue nombrado Generalísimo del ejército de rebeldes. El resto son, con toda probabilidad, posteriores a la consecución de la independencia, incluso algunos de los supuestos retratos de Hidalgo.

Será a partir de 1821 cuando comiencen a plasmarse las escenas y los rostros de la lucha insurgente. Los ejecutores serán en su mayoría artistas anónimos o populares, quienes escenificarán distintos momentos de la guerra y la consumación de la independencia como la firma de los Tratados de Córdoba, la entrada del Ejército Trigarante en la ciudad de México, la proclamación de la independencia en la Plaza Mayor, la coronación de Iturbide como emperador... Fue precisamente éste último el sujeto protagonista en muchas representaciones de tipo áulico -retratos en lienzo, monedas, medallas, vajillas- con su nombramiento como emperador, entre 1822 y 1823. A pesar de que tras su caída fue vilipendiado y se trató de obviar su gesta, su iconografía ha perdurado hasta la actualidad, como señala Verónica Zárate en su trabajo. Fue en pleno gobierno conservador del general Santa Anna cuando se trasladaron los restos del emperador Iturbide a la catedral de México. En este sentido, como señala Zárate y conectando con la idea plasmada en el trabajo de Galante, ha sido la Iglesia quien ha tenido un papel protagonista en la recuperación del culto a Iturbide. Habrá que ver como señala la autora si en la conmemoración del Bicentenario también se produce esta identificación y si el gobierno

conservador del PAN en México prosigue con el rescate y exaltación del culto a Iturbide.

Por tanto, fue tras el fin del efímero primer imperio cuando verdaderamente la nación mexicana, constituida ya como República, dio comienzo a la efectiva construcción de su imaginario heroico. A partir de la década de los cuarenta del siglo XIX la antigua Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, sufre un proceso de reapertura y reorganización, convirtiéndose en Academia Nacional e implantando el sistema de estudio y de funcionamiento de las academias europeas. Es entonces cuando la pintura de historia y el retrato cobran mayor importancia. Así, dependiendo del signo liberal o conservador de los diferentes gobiernos, se exaltó más a unos y a otros héroes. El ejemplo es claro. Durante los periodos de gobierno liberal Hidalgo, Morelos, Allende, Abasolo fueron los protagonistas; mientras que durante el predominio de los conservadores –por ejemplo en el reinado de Maximiliano– fue Iturbide el protagonista de las representaciones artísticas.

Es por tanto de gran interés estudiar las pocas imágenes que se conservan de las primeras décadas del siglo XIX, pero tanto o más sugerente es acercarnos a las realizadas en las décadas siguientes –incluso en el siglo siguiente– y que reconstruyen los rostros y los hechos de la guerra de independencia. Más aún si consideramos las ejecutadas en lo que se ha dado en llamar artes menores y arte popular: panfletos, caricaturas, postales, ceras, gráfica, e incluso lienzos y otros soportes de carácter utilitario. Pero es este tipo de arte el que precisamente en los siglos XIX y XX tuvo una mayor importancia, puesto que implicaba la difusión masiva de la imagen, convirtiéndola en un instrumento de control ideológico de primera magnitud. Será en estos medios más populares donde con mayor frecuencia encontraremos las imágenes más interesantes. Estos medios permitían que la imaginería heroica llegara a un espectro más amplio de la población. Inserta además en un contexto de desarrollo de la opinión pública, la iconografía de la prensa e historiografía heroicas estuvieron sujetas a los gustos del público o a la ideología de los autores del texto o de los editores. Por tanto, el desarrollo de la historiografía nacional llevó pareja la creación de un imaginario más completo, pues a medida que los historiadores narraban, describían, detallaban las principales escenas de la insurgencia, los artistas procuraban plasmarlas en los diferentes medios, siempre agudizando el dramatismo, con el fin de conmover a los espectadores y despertar su sentimiento nacionalista.

Respecto a los trabajos centrados en la iconografía, los estudios de Helia Bonilla y de María José Esparza abordan producciones artísticas distanciadas por un siglo de historia mexicana, pero ello nos permite establecer un punto de comparación sumamente atractivo, pues a través de ellos podemos ver la “vida de las imágenes”, en términos iconológicos. Helia Bonilla nos acerca a uno de los personajes distintivos del periodo

postindependiente: el panfletista, así como a su producción, a través de la figura de Pablo de Villavicencio, llamado el *Payo del Rosario*. Él representa una de las visiones políticas del periodo, el ideario liberal radical, anticlerical y antihispánico. Por ello sus panfletos y sus caricaturas combatieron duramente el poder de la Iglesia y la presencia de españoles en los ámbitos del poder, todavía años después de la consumación de la independencia. El ideario de este panfletista se identificaba con el federalismo radical que más tarde será combatido desde el pensamiento conservador. El soporte sobre el que se realizaban estas imágenes críticas era muy efímero, y por lo tanto pocas son las imágenes conservadas. Lo interesante es que pasando de mano en mano o situadas en lugares estratégicos de la ciudad, transformaron el espacio urbano también en espacio de opinión y crítica, y estuvieron al alcance de todas las clases sociales. De hecho, fue un medio esencialmente popular.

Por su parte, las postales de 1910 estudiadas por María José Esparza resultan de gran interés, puesto que permiten conocer la construcción de la imaginería heroica que pervivió en el siglo XX, e incluso aquella que se reconstruye en esos momentos. Pues si estas postales resultan interesantes por recoger escenas bien conocidas y a menudo representadas, lo son aún más por cuanto componen batallas o episodios nacionales rara vez plasmados en lienzos o en litografías durante el siglo precedente.

Entre las escenas famosas que figuraron en estas postales están las de la Entrada del Ejército Trigarante, inspirada en una acuarela sobre seda de 1821 conservada en el Museo Nacional de Historia de México. Otras imágenes claramente se inspiran en retratos ya célebres de los insurgentes, aunque sí se distingue una intención por realizar composiciones más acabadas, con más personajes y ambientación. También es notable la influencia de las litografías aparecidas en *El Libro Rojo* publicado en 1870 por Vicente Riva Palacio y Manuel Payno, con dibujos de Primitivo Miranda, trasladados a la piedra por Santiago Hernández y Hesiquio Iriarte. Esto sucede con las imágenes de Allende y de Guerrero. Otras, como la postal dedicada a Nicolás Bravo, remiten a modelos clásicos, como *Las lanzas* de Velázquez. No obstante, algunos episodios no habían sido representados —o lo habían sido escasamente— hasta ese momento, como el momento exacto en el que Hidalgo proclama la revolución, o cuando Barajas incendia la Alhóndiga de Granaditas. Se buscaba así mediante la plasmación de los diferentes momentos cruciales de la independencia ofrecer, a un precio módico y en formato cómodo, un amplio abanico de ejemplos de virtudes patrióticas, al alcance de la mano de cualquiera. No debemos olvidar que a pesar de ser el año en el que estalló la Revolución mexicana durante el gobierno de Porfirio Díaz, fue también el año en que debía celebrarse el Primer Centenario de la independencia. Además, si tenemos en cuenta, como la propia autora relata, que el 15 de septiembre era también el natalicio de Don Porfirio, podemos entender que las celebraciones a

partir de entonces se convirtieran en una fiesta popular, que ya intentaron involucrar a una mayor cantidad de público trasladando la celebración de “El Grito” a la plaza de la Constitución desde 1896.